

Mirador

Un par de ruedas para volar

MARIANA H

18
EstePaís cultura

⊙ Era mayo de 2008. Como cada año, más de 50,000 jóvenes se daban cita en el Foro Sol de la Ciudad de México. Dos días llenos de música, sudor, cerveza, aglomeraciones, gritos, euforia; durante toda la mañana demasiado sol, durante la noche lluvia.

Año con año, antes de salir de sus casas, los asistentes al Vive Latino, el festival de rock más importante de América Latina, se cercioran de traer sus boletos, algo de efectivo para “la cerveza, la nieve, la sopa Maruchan, las papas, las hamburguesas”, teléfono celular para tomar fotos y video o alumbrar el foro en algún momento emotivo de la noche, como se hacía antes con los encendedores, y sobre todo, un par de zapatos cómodos que les permitan brincar, correr y bailar.

Yo no sé quién es el de la imagen, pero puedo suponer algunas cosas. Me imagino que ahorró unas semanas para comprar el boleto de alrededor de 500 pesos que da acceso a los dos días de festival y ver a decenas de grupos tocando en los diferentes escenarios. Me imagino que sus papás le habrán dicho que no fuera, que era riesgoso, que no tenía sentido, que era una locura. Me imagino que sabía que el acceso sería complicado, que tendría que encontrar un buen lugar, que probablemente no habría un espacio asignado para personas con alguna discapacidad y que, si lo había, no sería respetado por los demás. Más allá de eso, sabía que aunque hubiera un espacio aislado y protegido él no lo buscaría porque prefería estar con la banda. Sabía que habría muchos enfrente de él y que tal vez no alcanzaría a ver bien a quienes estaban en el escenario, pero tenía que corear las canciones junto con los demás, ser parte de esa multitud en la

que cada quien está viviendo una emoción distinta al escuchar las canciones que han marcado algún momento de su vida. Sabía que habría muchos otros que, como es costumbre en el Vive Latino, serían arrojados al aire por quienes improvisan una especie de *tumbling* arrancando un pedazo de la alfombra que cubre el pasto del Foro Sol. Una suerte de parque de diversiones, pero sin arneses ni garantías. Sabía que él no podría ser partícipe de ese juego, ni podría bailar, ni correr a los otros escenarios para no perderse la primera canción del siguiente grupo.

Pero también sabía que iba a ver a sus bandas favoritas, por quienes valía la pena el tortuoso trámite. ¿A cuáles vería ese año? ¿Víctimas del Dr. Cerebro? ¿Lost Acapulco? ¿Los Odio? ¿Los Lobos? ¿Maldita Vecindad? ¿Panteón Rococó? Tal vez a todas, tal vez a ninguna en especial. Ése es parte del encanto del Festival.

Supongo que esa mañana tuvo especial cuidado de no olvidar el sombrero de paja y los lentes de sol, probablemente un par de amigos pasaron por él, se fue sin despedirse de sus papás. Sabía que sería agotador y arriesgado, pero nada le iba a impedir estar ahí.

Lo que no sabía es que ese día iba a volar. Nunca imaginó que volaría sentado en una silla de ruedas sobre una alfombra humana. Nunca supo quienes lo levantaron, nunca más los volvió a ver. La foto no nos revela qué banda estaba tocando, pero no es importante, porque por unos instantes la esencia de la música, de una generación, del rock, no estaba en el escenario, estaba ahí, y fotógrafos y fans se concentraron en él para captar la imagen que en ese momento lo representaba todo. ~



Toni François, *Vive Latino 2008*
(www.tono.tv)